

# FLAMENCO, ¿POR QUÉ?

HOJA DEL LUNES DE MÁLAGA

## PALABRA DE ORIGEN JERGA QUE QUERRIA DECIR BRILLANTE, RUTILANTE, FOGOSO

3-10-77

CUANDO COMENZO A USARSE REFERIDA AL CANTE JONDO —EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX— EL PUEBLO CREIA QUE SE REFERIA A LO PROCEDENTE DE FLANDES

¿PERO ES POSIBLE QUE SE RESUCITARA TAL DENOMINACION TRANSCURRIDOS TRESCIENTOS AÑOS DESDE LA LLEGADA A ESPAÑA DE CARLOS I CON SUS CABALLEROS?

Son muchos los enigmas que el llamado cante flamenco o jondo presenta aún al curioso, e incluso al investigador, y el primero de ellos es la razón de ese nombre: flamenco.

Este término, aplicado a este arte, comenzó a utilizarse el siglo pasado, en la llamada Edad de Oro del flamenco. Justamente fue el viajero británico George Morrow quien en su libro «Los zingales», publicado por primera vez en 1841 y que recogía sus experiencias en el viaje que realizara a nuestro país cinco años antes, quien hizo la primera mención expresa: «Gitanos o egipcios es el nombre con que, por lo común, se ha conocido en España, así en épocas pasadas como en el presente, a los que en inglés llamamos «gypsies» pero también se les ha dado otros varios nombres: por ejemplo, «castellanos nuevos», «germanos» y «flamencos».

Ya García Matos señalaba que no había podido encontrar menciones de la voz «flamenco» con el sentido a que nos referimos anteriormente a la de Borrow (1), pero Larrea aporta una anterior, que figura en la traducción de 1830 «El tío Conero», en la que puede leerse:

«Director  
.....  
mi comprender  
el cachirulo, el zorrongo,  
quirivó de me.

¿mi saber hablar quitano,  
eh?

Conejo  
—Lo mesmíto que un flamenco.»

Flamenco no se equipara aquí exactamente al gitano, pero sí a quien es capaz de hablar como un gitano (2). Pero de cualquier manera hay que suponer que por ese entonces el vocablo flamenco en la acepción que nos interesa comenzaba a tomar naturaleza propia y específica. Ahora bien, ¿por qué se produce esto y por qué en un momento tal? Misterio todavía, uno de los más debatidos por cuantos de una forma u otra han investigado acerca del arte flamenco sin poder llegar a una hipótesis aceptable por la mayoría.

### TERMINO JERGA

Volviendo a García Matos, este autor defiende una de las teorías más acreditadas hasta ahora: la de que el término flamenco —siempre en la acep-

ción que nos preocupa— es de origen jergal. Aduce para ello las siguientes razones:

«Primera. Los instantes de su aparición, que, a más de convencernos de la posible relación del vocablo con nada que a Flandes o Arabia toque, coincide precisamente con la época en que los gitanos llegan a establecer su mayor y más íntimo contacto con la hampa, hecho que se produce por el efecto que sobre el gitanismo ejercen, según es sabido, las orcananzas dadas por Carlos III favoreciendo a la exótica raza como ningún real edicto lo hizo antes. Grupos numerosos de gitanos comienzan a abandonar la vida trashumante y a tomar asiento en las ciudades, por lo cual, y dadas sus aficiones y malas mañas empezaron a mezclarse a diario con la truhanesca, ayudándola o sirviéndola en sus «negocios» turbios de rapacería y contrabando y regocijándose a su lado, codo a codo, en las francachelas de tabernas, tahurerías y burdeles. El «germano» que para todo cuanto se relacionara con su sociedad y privativas «artes», fueran personas o cosas, empleaba por precaución nombres disfrazados, halló pronto el término eficaz con que señalar disimuladamente al caloré, cuya compañía se hacía por momentos más constantes.

Segunda. El equívoco que se desprende de la palabra «flamenco» usada jergalmente, equívoco que se aviene a la perfección con uno de los más sobresalientes caracteres del habla de germanía: el disimulo, y

Tercera. Si como dice, y dice muy bien, el mismo Salillas, la jerga «no se distingue por tener modos fonéticos peculiares, sino por tener modos peculiares representativos» en relación estrecha con las especiales facultades sensitivas y mentales de los «germanos», evidente es que tal forma modal las implica «flamenco». Siendo «llama» el tronco común de «flamancia» y «flaman» la aplicación jergal de estas palabras a la «presunción» y a la «vistosidad resplandeciente» se explica por lo que estas dos ideas, realizadas, e funden de luminosidad y brillantez, sobre todo la última, pero también la primera, que el orgullo, la presunción, entraña, además de cierta calu-

rosidad, un cierto y especial fulgor...»

Muchos autores se muestran de acuerdo con García Matos, y Manfredi incluso añade que flamenco es palabra provenzal, «que quiere decir tanto como llameante o encendido, y bien pudiera ser que los europeos venidos a nuestra tierra llamasen así el folklore andaluz, para dar a entender que era cosa brillante, rutilante, fogosa» (3), lo que se cae por su base si sabemos que Borrow fue el primer extranjero que utiliza dicho término y lo da como ya en uso.

No faltan quienes comparten la teoría de García Matos, como Pedro Camacho quien escribe: «Es improbable que la gente del hampa acuñase un concepto tan sutilmente elaborado para identificar a los gitanos. Es cierto que la jerga hampunesca está integrada por vocablos de significación equívoca y arbitraria que simbolizan, más que definen, a las personas, conceptos o cosas a que se refieren. Pero, por lo general, estos vocablos son utilizados sin ninguna alteración fonética ni correlación etimológica.

Cuando a un tipo de ladrón lo distingue el hampa como «ratero», está comparándolo con la rata, por su habilidad en escabullirse, correr, esconderse, etc., pero el adjetivo, gramatical y fonéticamente, no sufre ninguna alteración: solo cambia su significado. «Capa» es, jergalmente, noche, porque encubre, tapa, oculta y abriga el crimen... La transformación de «flama» en «flamenco» no está regida por las leyes gramaticales ordinarias de nuestro idioma. De la raíz «llama» o «flama» se derivan los vocablos flamifero, flamante y flamancia. Pero la palabra castellana «flamenco» nada tiene que ver con la raíz citada, sino con lo que procede de Flandes, y se requiere mucha imaginación poética o un alto grado de cultura lexicográfica para «recrear» una palabra a la que se dé una significación diferente de la usual, y concordante, a la vez, con una raíz etimológica» (4).

### FLAMENCO DE FLANDES

Ya vimos que García Matos rechazaba la posibilidad de una relación del vocablo con nada que a Flan-

des toque. «No aparece por ningún lado —precisa—, en los primeros siglos del gitanismo en nuestro suelo, el apelativo «flamenco» designando al gitano. Mal pudo, pues, creer el pueblo español que las gentes de tal casta tuvieron nada que ver con Flandes. ¿Y si dicho apelativo no surge, según todas las probabilidades, hasta fines del siglo XVIII o principios del XIX, qué pudo decidir al pueblo a sustituir ocasionalmente el primitivo y tradicional nombre por aquel otro extraño? ¿Y cómo al hacerlo pudo relacionarlo con Flandes o sus nativos, con el soldado que allí combatiera, o con los árabes o los moros, si todo ello era ido centurias hacía y solo lo recordaba la historia impresa?»

Y sin embargo, es esta una hipótesis que ha gozado de amplio crédito hasta ahora. Para unos la aplicación se verificaría por antitesis, siendo los flamencos que vinieron a España con Carlos V naturalmente rubios y colorados, llamaron burionamente así a los gitanos de características físicas por completo opuestas. Para otros, la razón sería etimológica: el origen de la palabra estaría en la voz germánica o neerlandesa «flaming», cuyo significado puede ser de color de llama. Para otros, por fin, y siempre con referencia a la época del César Carlos, el vocablo englobaría tanto a los caballeros que acompañaron al monarca como a los numerosos gitanos que por entonces vinieron procedentes de Europa, y en ambos casos tendería un significado despectivo: respecto a los primeros, por el odio nacional a que se hicieron acreedores; respecto a los segundos, porque se despreciaba a los zingaros, egipcios, bohemios y atisganos (5).

Hoy es difícil, ciertamente, hacer fiables estos criterios, por su escasa verosimilitud. «Si se nos dijera —señala Camacho (6)— que a los gitanos se les apodó flamencos por algún parecido —o contraste— con la gente de Flandes, o por creerlos procedentes de aquellas tierras, la hipótesis podía tener fundamento si no le salieran al paso objeciones «Jrias entre las que destaca el hecho de no haberse utilizado este epíteto —aplicado a los cantaores y al canto— sino hasta los comien-



Llegó un tiempo en que lo gitano y lo flamenco vino a ser lo mismo, y la iconografía contribuyó a igualar ambos conceptos

zos del siglo XIX o finales del XVIII, fecha muy posterior a la de la llegada de los gitanos a España y a la de la convivencia del pueblo andaluz con las gentes de los Países Bajos. Es difícil pensar que a más de tres siglos de distancia el pueblo se acordase de la supuesta procedencia flamenca de los calés —que por otra parte se seguían llamando a sí mismos gitanos o egipcianos y pregonaban su ascendencia egipcia— ni, menos, recordase las características raciales de los verdaderos flamencos, para parangonarlos, por afinidad o contraste, con ellos.»

Molina y Mairena, por su parte, insistiendo en que no hay un solo caso en que el vocablo se utilice, en la acepción que nos interesa, a lo largo de los siglos XVI, XVII y XVIII, señalan que «está demostrado que los gitanos españoles no pasaron por Alemania, pues no conservan en sus dialectos peninsulares raíces de tipo germánico...» (7).

Sin embargo, existe un

hecho que quizá no se ha interpretado debidamente, y es que los autores más antiguos atribuyen este origen al término flamenco. Borrow, que hubo de oírlo en 1836, observa que tal apelativo «no se les habría dado nunca probablemente a no ser por la circunstancia de llamárselos o de creérseles germanos, ya que germano y flamenco son considerados como sinónimos por los ignorantes». Y Demófilo, en 1881, escribía que tal epíteto se habría trasladado a los gitanos en tiempos de Carlos I «como título odioso y expresivo de mala voluntad con que la nación veía a los naturales de Flandes, que formaban la corte del rey, ingeridos en los negocios públicos» (8). En los tiempos en que el vocablo comenzó a popularizarse, pues, cabe pensar que la creencia general era que el origen del mismo —o al menos la acepción hacia referida a los flamencos— era de la ca de Camacho, que a este asunto él mismo produjo más tarde.

### —NOTAS—

- (1) García Matos, Manuel. «Cante Flamenco. Algunos de sus presuntos orígenes». Anuario Musical, vol. V, pp. 104-110.—Consejo Superior de Investigaciones Científicas.—Instituto Español de Musicología. Barcelona, 1950.
- (2) Larrea, Arcadio. «El flamenco en su raíz», pp. 71-74.—Editora Nacional. Madrid, 1974.
- (3) Manfredi Cano, Domingo. «Geografía del cante jondo», p. 41.—Editorial Bullón, S. L.—Madrid, 1963.
- (4) Camacho, Pedro. «Andalucía y su cante», pp. 39-42.—Guadalajara (México), 1969.
- (5) «Los españoles, suponiéndolos procedentes de Alemania, de donde fueron expulsados, los llamaban germanos y flamencos, confundiendo Flandes con Alemania (en nota: Rodrigo Sanjurjo: «Folklore andaluz»). Ello es posible, porque aunque la historia, rellena a menudo sus lagunas con cascos de leyendas y aun con argamasa del propio historiador, puede quizá señalarse entre los acompañantes de Carlos I aquellas «gentes disformes por su negrura, quemados por el sol y con vestidos sucios, que se ocupan, principalmente las mujeres, en hurtar, manteniendo a los hombres con los hurtos de ellas», que ya filiaba Munster entre los alemanes del siglo XV. Es posible también que el pueblo español, iletrado, confundiera Flandes con Alemania» (Caba, Carlos y Pedro.—Andalucía, su comunismo y su cante jondo», p. 79.—Biblioteca Atlántica.—Madrid, 1933).
- (6) Camacho, obra citada.
- (7) Molina, Ricardo.—Antonio Mairena.—Mundo y formas del cante flamenco», pp. 18-19.—Revista de Occidente.—Madrid, 1963.
- (8) Ambos citados por: Grande, Félix.—«Bandolerismo y cante flamenco».—Tiempo de Historia, n.º 9, pp. 48-65.—Madrid, agosto 1975.